

LAS ÚLTIMAS GALLINAS

Un cuento sobre la comunidad de Indiantown

María Elena estaba parada en el patiecito de al lado al atardecer, como lo hacía todas las tardes desde hacía tres años. Las seis gallinas cafés rascaban calladitas debajo del mango. Recogió cuatro huevitos tibios en el borde del delantal y se los llevó adentro. Esa noche iban a ser chilaquiles para los niños y para su mamá. Los huevos de la tienda habían vuelto a subir. Estas seis gallinas le ahorran a la familia un dinerito importante.

Dos días antes había aparecido el papel naranja en el portón.

“Sección 3-5.2 – Animales y Ganado. Retírelos en 15 días.”

El inspector había sido amable. “Ahora esto es zona residencial limitada. No se permite ganado.” No preguntó cuánto tiempo llevaba el gallinero ahí. No sabía que la mamá de María Elena todavía les decía las gallinas de la casa, igual que las criaban allá afuera de Quetzaltenango.

Esa noche, después de que los niños se durmieron, María Elena se sentó en la mesa de la cocina con el papel en las manos. Se escuchaba el cloqueo suave por la ventana. Pensó en las casas nuevas que estaban levantando en los terrenos viejos del oeste del pueblo. Pensó en las familias que ya se habían ido porque las reglas se ponían más duras y los alquileres seguían subiendo.

Dobló el papel y lo metió debajo del salero.

A la mañana siguiente caminó hasta la iglesita de la calle Osceola. En el cuarto de atrás ya estaban reunidas otras seis mujeres: dos de Haití, tres de México y una de Venezuela. Todas habían recibido el mismo papel naranja. Una lloraba bajito con un pañuelo. Otra repetía: “¿Y dónde las voy a meter? Ellas comen de las sobras de la cocina. Nos dan huevos.”

María Elena las escuchó un buen rato. Luego dijo, bajito pero claro:

—No estamos pidiendo un favor. Estamos pidiendo justicia.

Alguien había impreso copias de una propuesta que habían hecho en la comunidad. Tenía nombre: Save The Chickens Act. Pedía que el pueblo pusiera reglas razonables en vez de una prohibición total: un límite de gallinas por familia, sin gallos, con distancia adecuada y un registro sencillo. Hablaba de seguridad alimentaria y de tradiciones. Pedía al Concejo que detuviera los desalojos mientras estudiaban el asunto.

María Elena la leyó dos veces.

Tres noches después estaba parada atrás del salón del Concejo Municipal con la propuesta doblada en la mano. El lugar estaba más lleno de lo normal. La noticia se había corrido por las iglesias y los mercados. La gente se paraba pegada a las paredes. Algunos cargaban a sus hijos. Otros traían el mismo papel naranja que habían recibido.

Cuando llamaron su nombre, a María Elena le temblaban un poco las piernas. Caminó hasta el atril de todas formas. El micrófono estaba muy alto. Tuvo que inclinarse un poco.

—Mi nombre es María Elena López —empezó. La voz le tembló al principio—. Vivo en la Southwest 4th con mis dos hijos y mi mamá. Tenemos seis gallinas. No son ganado. No son un negocio. Son comida para mi familia.

Levantó el papel naranja.

—Quince días. Eso fue lo que me dieron. Quince días para escoger entre cumplir la ley o darle de comer a mis hijos.

Hizo una pausa. El salón estaba callado.

—No vengo a romper reglas. Vengo porque las reglas se escribieron sin que la gente como yo estuviera en el cuarto. Trabajamos. Pagamos impuestos. Mandamos a nuestros hijos a las mismas escuelas. Llevamos más tiempo viviendo aquí que algunas de las casas nuevas que están construyendo. Y ahora nos dicen que la forma en que siempre hemos alimentado a nuestra familia de repente es contra la ley.

Desdobló el papel que traía.

—Hay una propuesta que se llama Save The Chickens Act. No pide gallinas sin límite. Pide ocho gallinas por familia. Sin gallos. Gallineros limpios. Con distancia de los vecinos. Pide que el pueblo reconozca que para muchos de nosotros, unas cuantas gallinas no son un lujo. Son supervivencia.

Su voz se fue poniendo más firme.

—Entendemos que los cambios toman tiempo. Sabemos que algunas leyes no van a vencer hasta el año que viene. Pero esta noche le pedimos al Concejo que empiece a trabajar ya. No nos quiten las gallinas mientras estudian. Déjennos conservar lo poquito que tenemos mientras deciden qué es justo.

Miró hacia las caras —algunas las conocía, otras no.

—No somos invisibles. No estamos pidiendo trato especial. Solo pedimos que nos vean.

Cuando terminó, el salón se quedó callado un momento. Luego alguien atrás empezó a aplaudir. Otros se le unieron. No fue fuerte, pero fue constante.

El alcalde le agradeció. El tema quedó en agenda para discutirlo después. Le pidieron a Inspección de Códigos que detuviera los retiros mientras revisaban la propuesta.

Dos semanas después, María Elena recibió una carta. Decía que su caso estaba bajo revisión y que no tenía que quitar el gallinero por el momento.

Esa misma tarde volvió a pararse en el patiecito. Las gallinas seguían ahí, rascando debajo del mango. Su mamá salió y se paró a su lado. Ninguna de las dos habló por un buen rato.

Al final su mamá dijo en español:

—Hablaste por todas nosotras.

María Elena asintió. Agarró uno de los huevitos tibios.

—No solo por nosotras —contestó—. Por todos los que vengan después.

Afuera, una de las gallinas soltó un cloqueo bajito y contento en la oscuridad.

*Cuento inspirado en la lucha de las familias de Indiantown, Florida
Mayo 2026*